

RECUPERANDO LA MEMORIA HISTÓRICA DE RAUCO 2024

Fernanda Moreno

Mario Moreno



FCD

Fundación para la Cultura
y el Desarrollo

Recuperando la memoria histórica de Rauco 2024

Fernanda Moreno Bravo
Mario Moreno Rojas

Recuperando la memoria histórica de Rauco 2024

© *Fernanda Moreno Bravo*

© *Mario Moreno Rojas*

Editado por:

FCD
Fundación para la Cultura
y el Desarrollo

Iniciativa financiada por:



INICIATIVA FINANCIADA
POR MINCAP MAULE
PUNTOS DE CULTURA



Primera Edición Digital: Agosto, 2024

INDICE

Presentación	7
Introducción: el pueblo de Rauco	9
<i>Parte I: Elementos sociales y culturales del Rauco antiguo</i>	
La familia de Rauco	13
Las casas de Rauco	14
Escolaridad	18
<i>Parte II: Actividades productivas</i>	
Agricultura	23
Crianza de animales	30
Tradición tejera y ladrillera de Trapiche	34
Mingas para trillas y cosechas	36
<i>Parte III: Religiosidad</i>	
La iglesia de Rauco	43
El padre Barros y los viajes a las Termas del Flaco	44
<i>Parte IV: Costumbres</i>	
La fiesta de la primavera	47
Las ramadas de las fiestas patrias	48
Club Deportivo	50
<i>Parte V: Leyendas de Rauco</i>	
La “Meica” de Rauco	53
La carroza fantasma de Rauco	54
Los árboles que arden	55
Las Apariciones de Animales Negros	56
Evitar que el Diablo se lleve el alma	55
La carreta perdida	56

Presentación

Este texto es el resultado de un proceso de investigación denominado “Recuperando la memoria histórica de Rauco” entre los meses de abril y julio del 2024, donde, a través de talleres participativos, indagamos en la memoria colectiva del Rauco de antaño. Valiéndonos del relato oral de sus protagonistas, pudimos reconstruir episodios del pasado y sus dinámicas, algunas desconocidas y otras que aún persisten de forma muy escondida, con el objeto de profundizar en la historia local.

Durante este tiempo hemos tenido el privilegio de conversar con diversas organizaciones comunitarias de Rauco, especialmente Clubes de Adultos Mayores. Con una generosidad y calidez excepcional, estas organizaciones nos han recibido con los brazos abiertos, compartiendo con nosotros sus más íntimos recuerdos, historias y vivencias personales sobre la comuna que han llamado hogar durante muchos años.

A través de estas enriquecedoras conversaciones, hemos recopilado una valiosa memoria histórica basada en los relatos orales de quienes han vivido y sentido la particularidad de Rauco. Este documento recoge la esencia de nuestras charlas, las cuales se desarrollaron en un ambiente cálido y cercano, con café o mate en mano y muchas emociones.

Este es solo el primer paso en un esfuerzo más amplio para **reconocer, recuperar y preservar** la identidad cultural de Rauco. Nuestro trabajo inicial pretende establecer las bases para futuras experiencias o

proyectos que busquen profundizar en la historia local y fortalecer el sentido de pertenencia y orgullo entre sus habitantes.

Este esfuerzo de trabajo comunitario fue posible gracias a la Convocatoria de Apoyo a los Planes de Fortalecimiento a Puntos de Cultura Comunitaria (PCC) 2024 del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, quienes han hecho posible el desarrollo de este trabajo.

Agradecemos sinceramente a todos quienes, con su tiempo y experiencia, han hecho posible este valioso esfuerzo de preservación cultural.

Introducción: el pueblo de Rauco

Situado al norte del río Teno, Rauco y Teno eran los “pueblos de indios” con las rancherías más importantes de la zona, lo que les daba una notable importancia local.¹

El nombre "Rauco" tiene su origen en el Mapudungun. Está formado por "rag", que significa greda, y "ko", que significa agua. Traducido literalmente, podría entenderse como “aguas de greda”.² Sin embargo, en la actualidad se interpreta más comúnmente como “tierra de agua gredosa”. Asimismo, debido a la naturaleza gredosa del terreno en Rauco, los habitantes de estas comunidades desarrollaron habilidades en alfarería, aprovechando los recursos disponibles en su entorno.³

Durante la Colonia, Rauco fue una de las cuatro encomiendas concedidas por Pedro de Valdivia en la región.⁴ Un dato interesante sobre esta época, es que se presume que los pueblos de Palquibudi y Rauco apoyaron a Lautaro en su lucha contra los españoles, esto se puede leer en el poema épico *La Araucana* de Alonso de Ercilla. Es probable que les proporcionaran principalmente alimentos provenientes de la agricultura y la pes-

¹ René León Echaiz, *Historia de Curicó: La era colonial*, Tomo I (Santiago: Editorial Neupert, 1968), p. 35.

² Tomás Guevara Silva, *Historia de Curicó* (Santiago: Imprenta Victoria, 1890), p. 8.

³ León Echaiz, *Op. cit.*, Tomo I, p. 14.

⁴ *Ibid.*, p. 35.

ca, ya que era un pueblo poco acostumbrado a la guerra.⁵

Lamentablemente, se cree que a principios del siglo XVII (aunque no se tiene una fecha exacta), un cambio en el curso del río Teno destruyó completamente el rancherío de Rauco, arrasando con rucas y sembradíos. Esto llevó a la desaparición de la encomienda y extinción del pueblo, pues muchos murieron en la inundación o, quienes sobrevivieron, huyeron sin regresar.⁶ A raíz de estos trágicos hechos, de estos primeros habitantes del pueblo de Rauco no queda más que el recuerdo de que alguna vez habitaron esta tierra.

Posteriormente, alrededor de 1627, el territorio de Rauco fue incluido en una gran estancia que también abarcaba el pueblo de Teno. Las tierras que anteriormente pertenecieron a los primeros habitantes de Rauco, y que fueron devastadas por el cambio de curso del río Teno, pasaron a conocerse como Quiñanelén.⁷ Con el tiempo, Rauco se volvió a poblar, pero ahora era un asentamiento diferente y más disperso, principalmente compuesto por inquilinos y trabajadores de la estancia, lejos de la relevancia que tuvo en el pasado cuando vivían allí sus habitantes originales.

No fue hasta después de la independencia que Rauco experimentó un notable crecimiento gracias a un evento fortuito. Una crecida del río Teno destruyó la antigua iglesia de Tutuquén, lo que llevó a su traslado en 1834 a la comuna de Rauco, específicamente al lugar conocido como "Alto de Pequenes". Este traslado incen-

⁵ Guevara Silva, Op. cit., p. 32.

⁶ León Echaiz, Op. cit., Tomo I, p. 45.

⁷ Ibid., p. 73.

tivó la formación de un poblado más concentrado. La construcción de la nueva parroquia en Rauco comenzó en 1855, y alrededor de la iglesia empezó a levantarse la aldea rauquina.⁸⁹ Gracias a este cambio, Rauco volvió a crecer y, hacia finales del siglo XIX, la población había superado ligeramente los seis mil habitantes.

Durante este período se produjeron varios eventos importantes, pero el más relevante para este trabajo es la promulgación de la Ley de Municipalidades el 22 de diciembre de 1891. Esta ley creó la comuna de Rauco, que inicialmente abarcaba las subdelegaciones 12 Palquibudis y 13 Rauco. Su objetivo era descentralizar el poder y mejorar la administración local en Chile.¹⁰ Este acontecimiento marcó el inicio de lo que hoy conocemos como la comuna de Rauco y sentó las bases para su configuración territorial actual

Así, el pueblo de Rauco pasa de ser un asentamiento indígena con cierta importancia a convertirse en una comuna rural de la zona central de Chile. Esto último es esencial para entender las descripciones y relatos que se presentarán en las páginas siguientes.

⁸ Ibid., p. 308.

⁹ René León Echaiz, *Historia de Curicó: La era republicana*, Tomo II (Santiago: Editorial Neupert, 1968), p. 261.

¹⁰ Ibid., p. 256.

Parte I: Elementos sociales y culturales del Rauco antiguo

1. La familia de Rauco

Las familias en Rauco solían ser muy numerosas. Una familia podía tener en promedio siete u ocho hijos, aunque también podía superar la decena. Los padres eran estrictos en su enseñanza y el respeto hacia ellos era obligación. La dinámica familiar estaba marcada por una estructura de autoridad que buscaba mantener la disciplina y el orden en el hogar, con el padre desempeñando un rol autoritario.

El nacimiento de los niños y las parteras:

La llegada de un nuevo integrante a la familia era muy diferente a la actualidad. La mayoría de los partos se realizaban en casa debido a las dificultades para desplazarse a la ciudad de Curicó. Las mujeres daban a luz en sus hogares, ya fuera solas o con la ayuda de algún familiar cercano, vecinas o el propio padre de la criatura.

En algunos casos, era posible contar con la asistencia de una partera, una mujer sin estudios formales, pero con una valiosa experiencia práctica adquirida a lo largo de los años.

El velorio de angelitos: El velorio del angelito solía ser una de las tradiciones más arraigadas en el campo chileno. Esta ceremonia se llevaba a cabo para despedir a los niños que fallecen antes de los tres años

bajo la creencia de que sus almas ascienden directamente al cielo.

Los participantes de nuestros talleres que alguna vez presenciaron un velorio de angelito en Rauco recuerdan que el niño era colocado en una silla o en un pequeño altar especialmente decorado. La madrina se encargaba de confeccionar a mano un "alba", un vestido blanco que se usaba independientemente del género del niño, y se añadían coronas y alas de papel para adornar su cuerpo.

Durante la ceremonia, se realizaba el canto a lo divino, y en algunas ocasiones se incluían bailes. Era fundamental no llorar al niño, ya que se creía que esto podía dificultar su ascenso al cielo.

2. Las casas de Rauco

Las casas antiguas de Rauco eran de adobe, con techos altos cubiertos de tejas o paja. Las vigas de madera de los techos se utilizaban para hacer "cuelgas", donde se secaban ají, manzanas y otros comestibles, prolongando así su conservación. La iluminación se obtenía mediante velas, "chonchonas" de parafina y, más adelante, lámparas de carburo. Los entrevistados recuerdan que, cuando eran niños, debían estudiar o hacer tareas iluminándose con "chonchonas", lo que hacía que sus vías respiratorias se llenaran de hollín. Esto lo notaban al limpiarse la nariz y descubrir que el pañuelo estaba ennegrecido.

Las viviendas antiguas solían estar organizadas en dos o tres estructuras independientes. Generalmente, había una construcción principal que servía como la residencia principal y donde se encontraban los dormi-

torios. Esta construcción central a menudo incluía un amplio corredor en su fachada y otro de similares características en la parte trasera, conocida también como galería. Aparte de esta construcción principal, había una estructura separada que era la cocina. En algunos casos, también había una tercera construcción destinada a almacenar herramientas, víveres, monturas y otros artículos necesarios para la vida en el campo.

La organización del dormitorio requería ingenio para aprovechar al máximo los recursos disponibles. En familias numerosas, era común que varios hermanos compartieran una sola cama, distribuyéndose de manera que algunos dormían en la cabecera y otros en los pies, maximizando así el espacio limitado. Además, las camas de esa época no eran como las conocemos hoy. Los colchones se confeccionaban con un tipo de tela específica y se rellenaban con lana de oveja. También existían las "payasas", colchones aún más rústicos hechos con sacos de harina rellenos de hojas de maíz, que se colocaban sobre tablas para proporcionar algo de comodidad durante el descanso.

La familia reunida en la cocina: Las familias pasaban gran parte del tiempo, sobre todo en invierno, reunidas en la cocina, que era el corazón del hogar. En ese espacio, la madre preparaba la comida, y todos compartían los alimentos mientras tomaban té, leche o mate alrededor del fogón. El techo de la cocina se ennegrecía con el humo constante del fogón o la cocina a leña, y cómo ellos mismos quedaban "ahumados" al pasar tanto tiempo dentro. Aunque no era del todo cómodo, la sencillez de esa vida es algo que recuerdan

con añoranza en sus memorias, especialmente por los momentos de reunión familiar en los que sus padres les contaban historias y leyendas locales.

El tormentoso clima invernal de antaño los obligaba a pasar largas horas en la cocina. Como esta se encontraba a unos metros de la construcción principal, durante los temporales, debían correr rápidamente desde la cocina hasta los dormitorios para evitar mojarse con la lluvia. Cuando el clima no era tan severo, la galería se convertía en un punto de encuentro, y durante las épocas más cálidas, la vida se trasladaba al parrón, un espacio que casi todas las casas tenían.

El baño de antes: Ir al baño no era como es ahora. De hecho, no existían los baños tal como los conocemos hoy. Para cubrir esta necesidad, se usaba la letrina. La letrina estaba siempre alejada de la casa y consistía en un hoyo en el suelo, cubierto por una pequeña caseta rústica con un asiento de madera. Allí, las personas hacían sus necesidades. Este tipo de instalaciones eran muy comunes en Rauco, ya que no había sistema de alcantarillado. Incluso hasta los años 90, las letrinas seguían siendo usadas en las zonas rurales de la comuna.

Pero, antes de la llegada de las letrinas, en las zonas rurales, las personas se las ingeniaban resolviendo estas necesidades "a todo campo", como nos contaban entre risas algunos de los participantes. Cuando se trababa de desechos sólidos, los enterraban los enterraban en las grandes extensiones de tierra que rodeaban las viviendas.

Por la noche, cuando la oscuridad y el miedo hacían que ir hasta la letrina fuese una tarea de valientes, se recurría a las "cantoras", como se les llamaba a las bacinicas. Este nombre surge del sonido que hacían, ya que estaban fabricadas con distintos materiales, como acero esmaltado, que resonaba al contacto con la orina. Las bacinicas se guardaban debajo de la cama y se usaban dentro de la casa, siendo más cómodo que salir al exterior.

La reutilización de latas: Debido a las limitaciones económicas y a la escasez de recursos, la reutilización de materiales era una práctica común en las casas de antaño.

Las latas de conservas, por ejemplo, no se desechaban una vez vacías. Dado que en aquellos tiempos adquirir una taza de cerámica era muy difícil y solo las personas acomodadas podían permitírselos, la gente recurría a reutilizar las latas con habilidad y paciencia. Las latas vacías se limpiaban cuidadosamente y se les añadía un asa de alambre, transformándolas en jarros y vasos duraderos y funcionales. Estos recipientes eran esenciales en la cocina y a la hora de comer.

Los participantes de los talleres recordaban con jocosa nostalgia cómo debían cuidar sus tazas hechas con latas de jurel. Cada taza pertenecía exclusivamente a su dueño y no se podía usar la de nadie más.

Hoy en día, en cambio, podemos encontrar tazones de distintas formas y colores fácilmente en cualquier tienda y a un bajo costo, lo que hace que este tipo de reutilización sea una práctica desconocida para la mayoría de las nuevas generaciones.

La ropa hecha con sacos de harina: Otro ejemplo notable de reutilización era la de los sacos de harina. Estos sacos, hechos de algodón, se aprovechaban al máximo. Las telas se cortaban y cosían para fabricar una amplia gama de productos textiles: sábanas para las camas, camisas y delantales para el uso diario, e incluso ropa interior. Estas prendas y textiles eran sencillas, pero cumplían su función y ofrecían una solución práctica a la falta de acceso a productos manufacturados.

A modo de anécdota, algunos recuerdan con nostalgia la tradicional imagen azul del Molino Don Quijote que venía estampada en los sacos de harina. Esta icónica ilustración a menudo quedaba visible en las prendas que se confeccionaban a partir de estos sacos, especialmente en las sábanas de las camas. Era común encontrar camas cubiertas con sábanas que mostraban, de forma difusa pero reconocible, la figura del Quijote, un recuerdo gráfico que se convirtió en parte del paisaje doméstico y de las memorias familiares.

3. Escolaridad

Las primeras escuelas se establecieron en salones proporcionados por personas acomodadas de cada sector, según recuerdan los Adultos Mayores. El caso de Quilpoco es uno de los más documentados. La escuela comenzó en la casa de la Sra. Antonia Riquelme, quien fue su primera directora. Luego se trasladó a la casa de la Sra. Irene Moya, que también fue directora durante ese tiempo, y más tarde a la antigua estación de ferrocarriles del sector. Finalmente, se mudó al lugar donde se encuentra hasta hoy.

En Rauco, las primeras clases se dieron en una casona de adobe frente a la plaza actual, que, según quienes asistieron, pertenecía a la Iglesia Católica. Esta primera escuela contaba solo con dos salones y tenía pisos de tierra.

La instrucción en estas primeras escuelas era severa. Los profesores eran altamente respetados y mantenían una disciplina estricta en el aula. El respeto hacia los maestros era casi reverencial, y en muchos casos, se recurría al castigo físico para mantener el orden y la disciplina. Aunque hoy en día este método sería considerado inadecuado, en ese tiempo era una práctica habitual, aunque es importante mencionar que no todos los profesores utilizaban el castigo físico.

Revistas de gimnasia: Una de las actividades que los estudiantes de aquella época recuerdan con mayor nostalgia era la “Revista de Gimnasia”.

La “Revista de Gimnasia” surgió en Chile con el propósito de fomentar el desarrollo físico y moral de la población a través de demostraciones públicas de ejercicios físicos. En Rauco, la “Revista de Gimnasia” se convirtió en uno de los eventos más importantes y esperados al final del año escolar. Los estudiantes se preparaban para realizar estas demostraciones frente a sus padres, autoridades locales y profesores, convirtiendo la ocasión en una actividad de carácter comunitario sumamente esperada.

En la Escuela Rauco, la “Revista de Gimnasia” se desarrollaba con gran entusiasmo. El patio de la antigua escuela se regaba para que no levantara polvo y con cal se delimitaba el perímetro en el que se desarrollaría la

revista. Los alumnos realizaban ejercicios sincronizados, siguiendo el ritmo marcado por el pitido del silbato del profesor. Descalzos y vestidos únicamente con pantalón corto los varones y con pantalón y polera las niñas, los estudiantes ejecutaban las rutinas preparadas.

Los alumnos que participaron en estas revistas recuerdan el gran esfuerzo que implicaba mantener el ritmo durante los ejercicios. Para estas exhibiciones se preparaban con mucha rigurosidad, y cada movimiento mostraba a la comunidad la destreza adquirida a lo largo del año.



*Ruinas de antigua casa de adobe, sector Las Garzas, Rauco.
(Archivo FCD)*



*Ruinas de antigua casa de adobe, sector Las Garzas, Rauco.
(Archivo FCD)*

Parte II: Actividades productivas

En esta sección, exploraremos las actividades productivas de subsistencia que fueron esenciales para la vida en Rauco, enfocándonos en las prácticas que involucraban tanto a la familia como a la comunidad. Estas labores no sólo formaban parte de la vida cotidiana, sino que también contribuyeron a definir la identidad campesina de sus habitantes.

Las difíciles condiciones de vida en este entorno con altos niveles de pobreza obligaron a las personas a apoyarse en la colaboración mutua, principalmente entre familiares, amigos y vecinos. Estas actividades, que incluían la agricultura, la crianza de animales, entre otras, estaban orientadas a satisfacer las necesidades básicas de las numerosas familias de la época y no en generar excedentes significativos para la venta. Su objetivo principal era alcanzar la autosuficiencia en un contexto de recursos limitados.

A continuación, exploraremos algunas de las principales actividades, tanto de subsistencia como comerciales, que se desarrollaron históricamente en Rauco, según lo relatado por nuestros entrevistados.

1. Agricultura

Históricamente, la comuna de Rauco ha sido una región predominantemente campesina. Muchos rauquinos, principalmente de los sectores rurales, trabajaban en la extinta Hacienda de Rauco o en los fundos que ofrecían empleos en diversas faenas agrícolas. Los participantes de los talleres recuerdan con nostalgia

cómo sus padres se dedicaban a estas labores, y, al crecer, ellos mismos, en su mayoría hombres, continuaron trabajando en labores muy similares.

Algunos de los recuerdos más significativos compartidos tenían relación con la producción de alimentos que sus padres, con mucho sacrificio, desarrollaban con herramientas manuales o tiradas por animales. Era común que todos los miembros de la familia participaran en el proceso, con tareas asignadas según su edad y género, incluyendo a la madre y los hijos. Además, durante la cosecha u otras faenas, no era raro que estas actividades se convirtieran en eventos colectivos, con vecinos y amigos uniéndose voluntariamente a la labor agrícola.

La producción de alimentos para consumo familiar solía desarrollarse en dos modalidades a menudo complementarias: una con un huerto de tamaño pequeño o mediano dentro del terreno donde se ubicaba el hogar familiar, y otra en un huerto de mayor tamaño, situado lejos del terreno del hogar al que se le denominaba “chacra familiar”.

El huerto en la casa: Tal como refieren los participantes de los talleres, los terrenos donde se construían las casas familiares solían ser mucho más extensos que los actuales, dado que, según detallan, el valor de la tierra era considerablemente más bajo y su compra era mucho más accesible. Las extensiones de estos terrenos permitían no sólo la producción de alimentos en huertos familiares, sino también la crianza de animales, como se verá en el siguiente apartado.

Estos huertos, ubicados en el terreno de la casa, variaban en tamaño según la disponibilidad de espacio

y el número de miembros en la familia. Su función era exclusivamente la producción de alimentos para el consumo diario del grupo familiar, por lo que actuaba como una especie de "despensa" natural. Era común que, durante la preparación de los alimentos, la madre enviara a una de sus hijas a sacar directamente de la tierra las papas o cebollas para el almuerzo del día. Más fresco imposible.

De esta manera, el huerto de la casa producía una amplia variedad de verduras y hortalizas. El padre de la familia se encargaba de organizar las hileras con los cultivos necesarios para el día a día. Los hijos, independientemente de su edad o género, eran responsables de mantener el huerto. Regaban las plantas con baldes de agua extraída de norias, pozos u otras fuentes, y junto a la madre, se encargaban de quitar las malezas y mantener el huerto en óptimas condiciones, asegurando una provisión constante de alimentos frescos y naturales.

Aunque no formaban estrictamente parte del huerto familiar, en el terreno del hogar también se plantaban diversos árboles frutales, que proporcionaban una fuente constante de frutas para el consumo diario. Estas frutas a menudo se enviaban como colación para los hijos en la escuela. Además, los árboles que producían frutos que podían conservarse por más tiempo, como higos, nueces o almendras, se recolectaban, se dejaban secar y luego se almacenaban en sacos para ser consumidos más adelante.

Otra de las frutas que se producía en prácticamente todas las casas de la comuna de Rauco era la uva. Era difícil encontrar una casa que no tuviera un parrón,

bajo el cual también transcurría parte de la vida familiar. La uva que producían los parrones se consumía en grandes cantidades como alimento, pero también se producían bebidas alcohólicas con ella. La chicha como principal producto, y el vino y el chacolí en menor medida, eran producidos artesanalmente y en grandes cantidades en las casas de Rauco. Estas bebidas se consumían en el hogar, ya sea solas o acompañadas de harina tostada.

La chicha, principalmente, se solía comercializar localmente, proveyendo de algunos ingresos extra a las familias. Además, se almacenaba para su uso durante faenas agrícolas comunitarias, donde servía como un aliciente para el trabajo. También se reservaba una parte para ofrecer a los amigos y visitantes, siendo una muestra importante de la hospitalidad campesina.

Como hemos visto, los huertos en la casa eran una parte fundamental de la vida en Rauco en el pasado. En un contexto de limitado acceso a bienes de consumo y altos índices de pobreza, estas actividades productivas de subsistencia eran fundamentales para alimentar a familias numerosas. Esto lo recuerdan con bastante orgullo algunos de nuestros entrevistados, dado que valoran que en aquellos tiempos se era mucho más autosuficiente que en la actualidad. También es importante destacar que, en cierto modo, los huertos urbanos actuales son un resabio cultural de estas prácticas tradicionales. Aunque a una escala mucho menor, buscan replicar el autoconsumo de alimentos y mantener viva una práctica cultural ancestral.

La “chacra familiar”: Por lo general, el término “chacra familiar” se refería a un terreno de grandes dimensiones que podía ser propiedad de la familia o de un familiar directo, como los padres o suegros del jefe de familia, quien cedía una parte de su terreno para este propósito. La “chacra” tenía una extensión considerablemente mayor que el huerto de la casa, lo que permitía la producción de una gran cantidad y variedad de alimentos.

Es importante destacar que la principal función de la “chacra familiar” era abastecer las necesidades alimentarias de la familia. Sin embargo, por lo general se producía más de lo necesario, por lo que los excedentes solían ser comercializados para obtener ingresos adicionales.

A diferencia del huerto de la casa, que se centraba en el consumo diario, en la chacra familiar se cultivaban alimentos llamados 'de guarda'. Estos alimentos podían almacenarse durante largos períodos para ser consumidos en la época invernal, cuando la producción de alimentos es limitada debido al clima. Uno de los recuerdos más recurrentes de los entrevistados es que, a pesar de las muchas necesidades materiales, la alimentación nunca faltaba en el hogar.

Todos los miembros de la familia desempeñaban un rol en el proceso productivo. Durante el cultivo y la cosecha, tanto el padre como la madre trabajaban activamente, mientras que los hijos participaban según sus capacidades y edad. Además, la madre asumía un rol adicional: cuidar a los hijos y cocinar los alimentos del día, tarea que compartía con las hijas mayores siempre que era posible.

Las tareas más físicas, como la labranza de la tierra y el riego de los cultivos, eran responsabilidad del padre, y gradualmente se compartían con los hijos varones a medida que estos iban creciendo.

Es importante destacar que las “chacras familiares”, al ser una actividad de subsistencia, complementaban el trabajo principal del padre de familia. Mientras la madre se dedicaba al cuidado de los hijos y al hogar, lo que incluía la atención del huerto de la casa, la crianza de animales, la cocina y otras tareas domésticas, el padre trabajaba como asalariado. Debido a esta distribución de responsabilidades, la producción en la chacra dependía en gran medida de la participación de toda la familia. La chacra se trabajaba en los horarios no laborales del padre, principalmente durante las tardes después del trabajo y los domingos.

El cultivo “a medias”: Otra modalidad que comparte algunos elementos con el concepto de “chacra familiar” era el trabajo pactado “a medias”. Este era un acuerdo entre el padre de familia y el propietario de un terreno para producir de manera conjunta. El propietario podía ser un vecino, amigo, familiar, o incluso el o empleador del padre, también denominado “patrón”. Cualquiera fuera el caso, el acuerdo es que los beneficios se repartían de manera equitativa entre ambas partes.

En el caso de las tierras de propiedad del “patrón”, existe una variación que vale la pena destacar. En algunos casos, era común que el empleador del padre de familia, quien generalmente poseía grandes extensiones de terreno, ofreciera una porción de su propiedad para

que el trabajador pudiera cultivar lo que deseara sin pedir nada a cambio. Esta práctica podía estar motivada por un fin altruista, al observar que el trabajador estaba en una situación desmejorada, o por el deseo de mantener el terreno cultivable. De cualquier manera, era una práctica bastante común y probablemente uno de los resabios más evidentes de la época del inquilinaje. Aunque esta práctica ha disminuido con el tiempo, aún es posible encontrar terrenos cedidos por sus propietarios a empleados para fines de autoconsumo.

Siguiendo con la modalidad del cultivo “a medias”, la familia también desempeñaba un papel importante en el proceso. Según se relata, durante la siembra o la cosecha, las familias de quienes habían acordado la producción conjunta se reunían para trabajar de manera similar a como lo hacían en la “chacra familiar”. Los hijos de ambas familias, en una mezcla de trabajo y juego, apoyaban a sus padres en la faena, mientras que las madres asumían la triple función: trabajar en el campo, cuidar a los hijos y preparar la comida para todos.

A estas faenas también se incorporaban voluntarios, amigos o vecinos que, por iniciativa propia y sin esperar nada a cambio, se sumaban al trabajo colaborativo. Durante el cultivo o la cosecha, era común que quienes estaban ofreciendo su ayuda en ese momento hubieran recibido apoyo en el pasado durante su propia temporada de siembra. Todos entendían que en algún momento necesitarían y recibirían ayuda de vuelta. Esta dinámica de reciprocidad fortalecía notablemente los lazos comunitarios y el tejido social. Aunque no era una exigencia, al momento de la cosecha, los voluntarios

recibían como agradecimiento una porción de lo producido.

Algo que se destaca es que quienes acordaban trabajar “a medias” cumplían efectivamente su palabra y repartían de manera equitativa la producción. La confianza y el cumplir con la “palabra empeñada” eran de gran importancia.

Muchas de las descripciones realizadas se mantienen vigentes hasta hoy, aunque con cambios significativos. Aunque la agricultura sigue siendo un componente central en la vida social y productiva de Rauco, la vida moderna ha transformado gradualmente algunas de sus dinámicas. Entre los cambios más notables, según los propios entrevistados, se encuentran las transformaciones en los roles de género y en el sentido de comunidad.

2. Crianza de animales

En el antiguo Rauco, la crianza de animales era una parte fundamental de las actividades productivas de subsistencia. Además de cultivar la tierra, las familias criaban diversas aves y animales domésticos para asegurar una alimentación variada y mantener la autosuficiencia. Gallinas, pavos y patos eran comunes en los patios de las casas, proporcionando huevos y carne para la dieta diaria.

Dependiendo del espacio disponible, también se criaban animales de corral como corderos y cabritos, destinados a proporcionar carne fresca y otros productos. Cuando no era posible criarlos, se solía comprar a

quienes se dedicaban a la crianza para faenarlos en ocasiones especiales o en momentos de necesidad.

La crianza de animales en Rauco estaba marcada por la tradición de que esta tarea recaía principalmente en las mujeres de la casa. Ellas se encargaban de alimentar, cuidar y mantener a los animales domésticos destinados al consumo familiar. En contraste, en localidades como El Parrón, algunos hombres se dedicaban profesionalmente a la crianza de animales. A pesar de estas excepciones, el cuidado de los animales para la subsistencia cotidiana era principalmente una responsabilidad femenina, esencial para el bienestar y la autosuficiencia del hogar.

Uno de los aspectos más destacados de la crianza de animales en Rauco era la crianza del chanco. Cada familia solía criar al menos uno, que se adquiría siendo pequeño y se engordaba durante todo el año para matarlo en una ocasión especial, como festividades, eventos importantes, o cuando se consideraba necesario para asegurar suministros durante el invierno. La matanza del chanco era en sí una celebración, donde vecinos, familiares y amigos participaban en la faena, compartiendo el trabajo y los productos obtenidos.

La muerte de un chanco: Cuando se mataba un chanco, la ocasión se convertía en un evento que iba más allá del simple acto de faenar al animal. Vecinos y parientes se reunían para ayudar en el proceso, transformando la faena en un verdadero encuentro social.

El trabajo comenzaba con la muerte del cerdo, una tarea que requería manos expertas y la colaboración de todos los presentes, ya que no cualquiera estaba

en condiciones de llevarla a cabo. Matar un cerdo es una tarea difícil, ya que requiere la experiencia necesaria para asestar una cuchillada certera al corazón del animal desde el cuello.

Después, se procedía a la pela del animal, echando agua hirviendo sobre su piel y raspándola con un utensilio de metal no cortante para quitar los pelos, una labor laboriosa que se hacía entre varios. Luego, se llevaba a cabo el despiece del cerdo.

Los participantes de nuestros encuentros hacían especial énfasis en que cada una de las partes del animal se utilizaban. No se desperdiciaba nada. Desde la piel y la grasa hasta la cabeza y los interiores, todos eran almacenados para posteriormente elaborar diversas preparaciones de gran delicia.

Una de las primeras comidas que se cocinaban era la "chanfaina", una especie de estofado hecho con los interiores del cerdo. El patio de la casa se llenaba de actividad, con un bullicio constante de conversaciones, risas y el sonido de los utensilios de cocina.

Al final del día, quienes habían colaborado en la faena recibían una recompensa en forma de alimentos. Cada familia o pariente que había ayudado se llevaba a su casa una parte de lo cocinado o parte del animal, como muestra de agradecimiento por su ayuda. Este intercambio reforzaba los lazos comunitarios, ya que pronto sería el turno de otra familia de organizar una faena similar, y nuevamente todos se reunirían para compartir el trabajo y sus frutos.

La "Fiesta del Ñachi": La "Fiesta del Ñachi" era una reunión social que se celebraba cada vez que se

iba a faenar un cordero en Rauco. No hablamos aquí de una fiesta entendida como una institución social solemne, sino más bien, una práctica social común.

La ocasión comenzaba con la llegada de familiares y amigos, quienes eran invitados a la casa para participar en este evento. El proceso de faenado del cordero iniciaba con el corte de la yugular del animal. La sangre se recogía en una budinera directamente desde el cordero para mantenerla tibia.

Una vez recogida la sangre, se le añadían cebolla picada fina, cilantro, limón y otros aliños al gusto, creando el "ñachi," un plato con un sabor fuerte y distintivo. Mientras se procedía al faenado del cordero, el ñachi empezaba a cuajar, convirtiéndose en una especie de gelatina.

Cuando estaba listo, se cortaba en cubitos y se servía acompañado de pan amasado. Este plato se disfrutaba con entusiasmo, a menudo con vino tinto, pero se debía tener cuidado, ya que se decía que el ñachi producía un "arrebato," una sensación de mareo e incluso desmayo, atribuida al potente golpe vitamínico que ofrecía esta preparación.

El baño de ovejas: Para los crianceros que se preparaban para la veranada, un paso esencial era sumergir las patas de las ovejas en un pozo con agua, creolina y sal de mar antes de llevarlas a la cordillera. Este procedimiento ayudaba a prevenir el crecimiento de hongos que afectan tanto a los ovinos como a los bovinos. Se recuerda que esta era una práctica habitual en el sector El Parrón, lugar reconocido en Rauco por la crianza de ganado ovino.

Durante esta tarea, se faenaban algunos corderos para alimentar a quienes ayudaban. Los corderos eran cocinados y compartidos, ofreciendo un festín como muestra de agradecimiento por la colaboración en este importante proceso.

3. Tradición tejera y ladrillera de Trapiche

Hasta no hace tantos años, el sector de Trapiche era conocido por la producción de ladrillos de gran calidad. Sin embargo, muchos años antes, esta misma zona también era famosa por la fabricación de otro codiciado producto de construcción: la teja. Aquellos que vivieron en ambas épocas coinciden en que la tierra de Trapiche está dotada de minerales que la hacen especialmente adecuada para la manufactura tanto de ladrillos como de tejas. A continuación, abordaremos brevemente la historia de ambos productos en esta localidad rauquina.

El último maestro tejero de Rauco: En el contexto de esta investigación, nos encontramos con Don Juan Rojas, el último maestro tejero de Rauco, quien desde muy pequeño aprendió el oficio de su padre. Con más de noventa años, Don Juan evoca con nostalgia los días en que Trapiche era un centro de producción de tejas. Recuerda cómo la fabricación de tejas era un proceso pesado y esforzado, realizado en equipo, donde se requería mucha experiencia y habilidad para convertirse en un verdadero maestro tejero.

Aún conserva en su memoria cada paso del antiguo proceso de manufactura de tejas, desde la preparación del barro hasta el horneado final. Las carretas cargadas de tejas que cruzaban el Teno o el Mataquito ha-

cia casas en construcción en diversos rincones de la región son recuerdos que él relata con añoranza.

Hacia mediados del siglo XX, la llegada de nuevos materiales de construcción, más económicos y fáciles de transportar, comenzó a desplazar a las tejas tradicionales. Con el tiempo, estos materiales modernos terminaron por desplazar las tejas de forma definitiva como opción para la construcción.

Don Juan Rojas es el último vestigio de una práctica artesanal que una vez floreció en nuestra tierra raucina. Con él se extingue un legado que se transmitió a través de generaciones. Su saber y experiencia en la fabricación de tejas no encontraron sucesores, y con él se cierra un capítulo significativo de la historia local, dejando un testimonio valioso de una tradición que ha sido esencial en la construcción de nuestra región.

Tradición ladrillera de Trapiche: En Trapiche, la tradición ladrillera tuvo un papel importante en la vida económica y social del sector. Durante décadas, numerosas familias se dedicaron a la manufactura y producción de ladrillos, convirtiendo esta actividad en la principal fuente de ingresos de esta localidad. Las casas de Rauco y otras localidades cercanas fueron construidas con estos ladrillos, conocidos por su firmeza y durabilidad, cualidades que los hacían especialmente apreciados por su resistencia a lo largo del tiempo.

Sin embargo, el auge de la actividad ladrillera comenzó a decaer con la introducción de nuevas normativas de construcción, que exigían certificaciones específicas y promovían el uso masivo del ladrillo princesa, un

producto industrial de menor calidad en comparación con los ladrillos artesanales de Trapiche. Esta transición hacia estándares industriales resultó incompatible con la capacidad de los artesanos locales para competir en el mercado de la construcción.

La imposibilidad de reconvertir la producción artesanal a una escala industrial, junto con las nuevas regulaciones, llevó al declive gradual de la actividad ladrillera. Hoy en día, la tradición ladrillera de Trapiche se conserva en el recuerdo de los últimos maestros ladrilleros, quienes vivieron la bonanza de esta actividad y vieron cómo su legado se desvanecía con el cambio de época. La manufactura de ladrillos en Trapiche ha pasado a formar parte del patrimonio local.

La memoria de la tradición de manufactura de ladrillos hoy descansa en los muros de decenas de casas a lo largo de la comuna de Rauco. Cada estructura que se erige con estos ladrillos lleva consigo la esencia de un oficio que una vez definió la vida de Trapiche.

4. Mingas para trillas y cosechas

La minga (del quechua *mink'a*) es una tradición de trabajo comunitario que implica reunir a amigos y vecinos para realizar un trabajo de manera gratuita y colaborativa. Aunque en Rauco el término minga no se utiliza comúnmente para describir los trabajos comunitarios (ya que se asocia más con la práctica chilota de traslado de casas), el espíritu de esta tradición ancestral sigue vivo en las dinámicas sociales.

En Rauco, las prácticas colaborativas estilo minga se manifiestan claramente en actividades como la cosecha de cultivos, la construcción y la faena de anima-

les, como hemos visto en apartados anteriores. Estas reuniones de trabajo colectivo pueden surgir de manera espontánea o ser organizadas con antelación, especialmente en tareas de mayor complejidad como las trillas a yegua suelta.

La trilla a yegua suelta: La trilla a yegua suelta es una práctica agrícola tradicional del campo chileno utilizada para separar el grano de la paja después de la cosecha de cereales, como el trigo o la cebada, y legumbres, como los porotos. La principal característica de esta faena es el uso de varias yeguas, que son conducidas por el área donde se ha dispuesto la cosecha. Sus patas pisan y trituran los granos, y el movimiento repetitivo, junto con la presión ejercida por los cascos, ayuda a separar los granos de la paja.

Aunque este método ancestral ha sido en gran parte reemplazado por maquinaria moderna, todavía se conserva en diversas zonas rurales de Chile. Un participante de nuestros talleres recordó que, aunque en su juventud las trillas ya se realizaban con máquinas, en zonas de monte, como El Parrón y Tricao, la trilla a yegua suelta seguía siendo una faena importante. Además, una de las participantes mencionó que su padre en el sector de Trapiche realizaba trillas a yegua suelta.

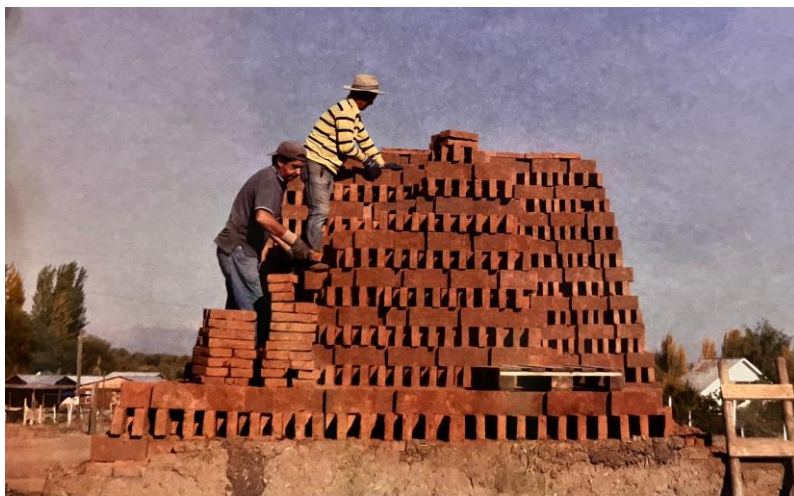
Hoy en día, la trilla a yegua suelta se intenta replicar en festividades que incluyen música y venta de comida. Sin embargo, las trillas originales eran faenas estrictamente laborales, organizadas al estilo de una minga, en la que se reunía a la familia, vecinos y amigos para colaborar gratuitamente en el proceso. Al concluir

el trabajo, se agradecía a los participantes con un banquete y bebidas en reconocimiento a su colaboración.

Es importante señalar que la esencia de la vida comunitaria en Rauco estaba dada por la colaboración entre los miembros de esta pequeña comunidad rural. Aunque el término "minga" no se utilizaba conceptualmente en Rauco, la práctica de trabajo colaborativo era central en la vida social y cultural de antaño. El tejido social se construía a partir de la confianza en que la ayuda mutua y el reconocimiento de esta ayuda estarían presentes en todo momento. La pérdida gradual de estas prácticas han impactado directamente en los modos de relación contemporáneos en la comuna.



*Siembra de papas tradicional, sector El Llano, Rauco.
(Archivo FCD)*



*Producción de ladrillos en Trapiche
(Archivo personal de Alejandro Rojas Piña)*



*Don Juan Rojas Rojas, último maestro tejero de Rauco
(Archivo FCD)*



*Don Alejandro Rojas Piña, relatando su experiencia de ladrillero
(Archivo FCD)*



*Trilla a Yegua Suelta en Trapiche
(Archivo CAM La ilusión de trapiche)*



Producción de ladrillos en Trapiche (Archivo personal de Alejandro Rojas Piña)

Parte III: Religiosidad

En Rauco, una parte importante de la vida social y cultural giraba en torno a la Iglesia Católica, ubicada en el corazón del pueblo. Aunque en la comuna existían otras confesiones religiosas, el catolicismo era la tradición predominante, influenciando profundamente las costumbres, festividades y el tejido comunitario. Las celebraciones religiosas, los eventos litúrgicos y las actividades parroquiales constituían el núcleo de la vida cotidiana, reflejando la relevancia y el impacto del catolicismo en la vida de los rauquinos.

1. La iglesia de Rauco

La Parroquia San Pedro de Rauco fue fundada el 22 de octubre de 1824 por Monseñor José Santiago Rodríguez, Obispo de Santiago. Muchos feligreses recuerdan la antigua iglesia como un edificio grande y alto, con robustas paredes de adobe. Su interior contaba con un hermoso altar central de mármol, flanqueado por un altar del Sagrado Corazón y otro de la Virgen del Carmen.

A pesar de las recomendaciones del Padre Villagra sobre la necesidad de arreglos estructurales, estos no se llevaron a cabo, y con el tiempo, las crudezas del clima deterioraron el frontis del edificio. Finalmente, la antigua parroquia fue demolida posterior al terremoto de 1960 y reemplazada por la actual, consagrada por el Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín, en 1965. Esta nueva iglesia también ha experimentado modificaciones debido a los terremotos que han afectado al país,

aunque aún conserva su campanario, que es un legado de la primera parroquia.

En tiempos pasados, quienes vivían en las localidades de fuera de Rauco centro llegaban a misa en carretas de madera tiradas por bueyes. Con el tiempo, las carretas dieron paso a carretelas tiradas por caballos.

El calendario de actividades de la comunidad estaba estructurado en torno a las novenas, el mes de María y las celebraciones de santos, siendo la fiesta de San Pedro, patrón de la iglesia, una de las más destacadas.

Un dato anecdótico que recuerdan las niñas y niños de la época es que se les animaba a asistir a todas las actividades para recibir un regalo de Navidad de parte de la comunidad eclesíastica. Para obtener este obsequio, debían completar una especie de tarjeta de asistencia que se marcaba en cada evento, lo que incentivaba a los jóvenes a participar en todas las actividades de la iglesia.

2. El padre Barros y los viajes a las Termas del Flaco

Durante su tiempo como párroco de Rauco, entre 1960 y 1985, el Padre Alberto Barros organizó viajes para los miembros de la comunidad eclesíastica a las Termas del Flaco, ubicadas en la cordillera de San Fernando. Para participar en estos viajes, se solicitaba a los feligreses una cooperación en especie, que usualmente consistía en una gallina, un kilo de porotos, un kilo de papas, 10 cebollas, además de una cuota en dinero.

Los viajes comenzaban en la madrugada, generalmente a las 2 A.M., y los participantes se embarcaban

en camiones donde llevaban sus colchones para hacer el trayecto más cómodo. El Padre Barros se encargaba de todos los preparativos, incluyendo el alojamiento en un edificio conocido como "el hospital," una estructura abandonada originalmente destinada a pacientes con tuberculosis.

Durante la estancia, los grupos de participantes, que incluían infantes, jóvenes, adultos y ancianos, se organizaban en patrullas con tareas asignadas, como limpieza, cocina y recolección de leña. Cada patrulla tenía un nombre y un líder responsable de coordinar las actividades. Antes de regresar a Rauco, se realizaba una fogata el viernes por la noche, donde las patrullas presentaban actuaciones artísticas como canto, actuaciones o bailes para cerrar las vacaciones de manera festiva.



Iglesia antigua de Rauco¹
(Archivo Parroquia San Pedro de Rauco)

¹ Algunos sostienen que no se trataría de la iglesia antigua, pero los entrevistados afirmaron que sí lo es.



Camiones trasladando vecinos de Rauco a las Termas del Flaco (Archivo personal Fernando Moreno)



Izando la bandera antes de regresar a casa desde las Termas del Flaco (Archivo personal de Fernando Moreno).

Parte IV: Costumbres

La vida social de Rauco no se limitaba únicamente a la iglesia y la religión. También incluía fiestas y actividades que involucraban a toda la comunidad, fortaleciendo los lazos entre sus miembros y dejando un recuerdo imborrable en quienes vivieron esos momentos. A continuación, mencionaremos las festividades y eventos que surgieron como los más destacados durante nuestra investigación.

1. La fiesta de la primavera

La Fiesta de la Primavera surgió a principios del siglo XX en Chile, impulsada por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, quienes eligieron la primavera como símbolo de renovación. Rápidamente se convirtió en una festividad nacional, alcanzando su mayor esplendor en la década de 1950.

Aunque no existen registros precisos sobre la primera celebración de la Fiesta de la Primavera en Rauco, los recuerdos de quienes participaron en alguna de sus versiones nos ofrecen un excelente testimonio de cómo se desarrollaba esta festividad en aquellos años.

Organizada por la Municipalidad de Rauco, la Fiesta de la Primavera era una celebración que unía a todas las localidades de la comuna en una competencia que se extendía a lo largo de una semana. Los eventos principales se llevaban a cabo en la zona urbana de Rauco, lo que requería que los participantes de los sectores aledaños se trasladaran hacia el centro urbano de la comuna. Esta movilización, frecuentemente realizada

en carretas repletas de jóvenes de diversos sectores, es una de las características más destacadas en los recuerdos de quienes participaron.

Con la distancia del tiempo, los entrevistados reflexionan que la ruralidad de la comuna no solo se manifestaba en el uso de este medio de transporte campestre, sino también en el hecho de que todos se conocían, no se percibían malas intenciones, y se vivía un ambiente de constante jolgorio y sana amistad entre sus pares, algo que hoy consideran imposible de replicar.

Cada sector de la comuna se organizaba en alianzas, cada una con su candidata a reina, para participar en una variedad de actividades que involucraban a toda la comunidad. Cada alianza también debía construir carros alegóricos, decorados con gran esmero, que luego eran tirados por carretas o tractores facilitados por los agricultores de la zona.

Las competencias culminaban en un gran baile donde se coronaba a la Reina de la alianza vencedora. El evento final estaba amenizado por una orquesta y acompañado de comida y bebidas. Una de las características más destacadas en la memoria es que las actividades tenían un marcado carácter familiar.

2. Las ramadas de las fiestas patrias

En Rauco, las ramadas eran una tradición ineludible durante las fiestas patrias. Este era un momento de reunión y celebración en la que familias y amigos se congregaban para festejar. Las ramadas se ubicaban en el área que actualmente ocupa el gimnasio municipal, y eran instaladas por miembros de la misma comunidad. Durante el día, los asistentes recorrían las diferentes

ramadas, disfrutando de un almuerzo en una, bebiendo diversas bebidas alcohólicas en otra y bailando en la siguiente, todo en un ambiente festivo y animado.

Además de la oferta gastronómica, las ramadas incluían entretenimientos tradicionales como el palo encebado, el palitroque, carreras en saco, competencias de volantines, entre otros.

La música era un ingrediente fundamental para ambientar cada ramada. En algunos casos, se contaba con orquestas en vivo, mientras que, en otros, se usaba música envasada. Hemos recogido testimonios de algunos sectores en los que las ramadas se animaban con música de tocadiscos, al que había que dar cuerda manualmente cada cierto tiempo para que siguiera sonando. La música que se bailaba no solo incluía cuecas, sino también cumbias de la época y, sobre todo, corridos o correteados.

El 18 de septiembre, además de las festividades en las ramadas, el estadio de Rauco se convertía en el escenario del clásico rauquino entre el Club Deportivo Independiente y el Club Deportivo Rauco. Durante el día, se disputaban partidos de fútbol entre ambos equipos, agregando un toque competitivo a las celebraciones y atrayendo a numerosos espectadores.

Aunque las ramadas se instalaban principalmente durante las fiestas patrias, también se organizaban para otras fechas importantes como Navidad y Año Nuevo, consolidándose como una práctica social clave para el encuentro festivo de la comunidad rauquina.

El jarro de arreglado: Uno de los aspectos que más mencionaron los participantes en este trabajo

fue la popular venta de "arreglado" en las ramadas. Esta bebida era una mezcla de tres cuartas partes de vino blanco con una parte de bebida Bilz. Para quienes preferían que fuera más suave, la mezcla era mitad vino y mitad bebida. El resultado era una bebida refrescante que permitía disfrutar durante más tiempo sin emborracharse rápidamente.

Según nos relataban, esta bebida era la preferida por los dueños de las ramadas. La razón era que, al no ser tan fuerte, las personas podían seguir bebiendo por más tiempo sin embriagarse. Así, los comensales disfrutaban más y los dueños vendían más.

3. Clubes Deportivos

Los clubes deportivos eran otra parte central de la vida social en Rauco, especialmente para los hombres de la comunidad. Estos clubes no solo ofrecían la oportunidad de participar como jugadores en los equipos de fútbol, sino que también atraían a entusiastas que disfrutaban de los partidos y la camaradería que los rodeaba.

Para el hombre de familia, la rutina semanal se centraba en el trabajo en el campo de lunes a viernes. Los domingos por la mañana se dedicaban a la chacra familiar de la que ya hablamos, pero por la tarde, la atención se desplazaba a la cancha. Allí, los hombres se reunían para jugar fútbol, beber un trago y disfrutar del ambiente festivo que ofrecían los clubes deportivos. Esta tradición no solo proporcionaba una vía de escape y recreación, sino que también fortalecía los lazos comunitarios y reafirmaba la identidad colectiva de los hombres de Rauco.

El Club Deportivo Rauco es uno de los más antiguos de la comuna y ha jugado un papel central en la vida deportiva y social de la comunidad. Aunque se comenta que el Club El Corazón data de finales del siglo XIX, no se han encontrado documentos que respalden esta afirmación. Del mismo modo, se ha señalado que el Club El Llano podría haber sido fundado a mediados de los años 1950. A pesar de la incertidumbre sobre las fechas exactas, lo que es indiscutible es que el fútbol ha sido la actividad deportiva más masiva y arraigada en la historia de Rauco.

El Club Independiente, que surgió de una escisión del Club Deportivo Rauco, también logró ganar notoriedad a nivel local con el paso de los años. Además, algunos clubes se formaron al alero de los fundos, como es el caso del Club San Juan Las Pitras, que lleva el nombre del fundo y el nombre de pila de su dueño.

En épocas de mayor auge de localidades como Tricao, Quilpoco, Trapiche o El Parrón, también surgieron equipos y clubes que competían en la liga local. Aunque muchos de estos clubes nunca se formalizaron y, por lo tanto, no existe documentación que acredite su existencia, el relato oral ha permitido rescatar este legado igualmente importante para la comunidad.

En el fútbol, los trabajadores rauquinos encontraban un espacio para pasar sus horas de ocio y desconectar de la rutina laboral antes de volver a sus labores cotidianas.

Parte V: Leyendas de Rauco

1. La “Meica” de Rauco



Justo donde el camino se divide al final del callejón del puente Cimbra, había una casita rodeada de muchas plantas y zarzamoras. Allí vivía una mujer a la que todos llamaban la Meica. La Meica era muy especial porque conocía muchas plantas que curaban y podía preparar brebajes y ungüentos para las personas enfermas. También encendía sahumerios, unos humos que, según ella, traían buena suerte, y hasta podía leer la suerte a quien se lo pidiera.

Aunque era muy famosa, la Meica nunca cobraba mucho dinero por sus servicios. Gente de todos los rincones de la provincia venía a verla porque confiaban en su sabiduría. Algunos iban para que los curara cuando

estaban enfermos, y otros para que los ayudara a encontrar animales perdidos, ya que a veces los robaban.

Pero una noche, en Año Nuevo, ocurrió algo muy triste. En medio de la celebración, un terrible incendio destruyó su casa, y la Meica murió en las llamas. Desde entonces, la casa quedó abandonada por muchos años, porque la gente del pueblo tenía miedo de acercarse. Todos recordaban la muerte de la Meica con tristeza, aunque algunos también la llamaban bruja, porque decían que tenía poderes misteriosos.

2. La carroza fantasma



Cuando caía la noche en la parte más urbana y céntrica de Rauco, los habitantes preferían quedarse en sus casas. Especialmente en los días de mal augurio, como los temidos martes 13. En esos días, se decía que una extraña carroza aparecía por la calle principal.

La carroza era grande y completamente negra, al igual que las decoraciones que la cubrían. Estaba tirada

por caballos muy fuertes y enormes, también de color negro. Lo más aterrador era que la carroza pasaba a toda velocidad por la avenida Balmaceda, y todos podían escuchar el fuerte galope y los relinchos de los caballos. Pero lo que realmente asustaba a la gente eran las risotadas estruendosas que venían desde el interior de la carroza, como si alguien o algo se estuviera riendo de forma escalofriante.

Los que la veían, decían que siempre desaparecía al final de su recorrido, perdiéndose misteriosamente por el callejón del mote con huesillos, donde nadie se atrevía a ir después de oscurecer.

3. Los árboles que arden



En muchos lugares se escuchan historias extrañas, y en Rauco no es la excepción. Los habitantes cuentan que en el callejón "Los Zorros" había un majestuoso maitén, un árbol enorme que todos conocían. Una noche, varias personas vieron algo increíble: el maitén se

incendió de manera repentina, como si las llamas hubieran aparecido de la nada. Lo curioso fue que, a pesar de arder intensamente, al día siguiente el árbol estaba intacto, como si nada hubiera pasado.

Pero esta no es la única vez que algo así ha sucedido. Algunos dicen que, camino a El Llano, en el camino de Barbarismo, en Orilla de Ponce y otros puntos de Rauco también se han visto arbustos y árboles prenderse fuego misteriosamente y, al amanecer, no queda rastro del incendio. Estos eventos extraños siguen siendo un misterio que se le atribuye a la presencia del diablo.

4. Las Apariciones de Animales Negros

En las noches oscuras y solitarias de Rauco, cuando las casas estaban lejos unas de otras y la zona era poco urbanizada, muchas personas aseguran haber visto extrañas apariciones.

Lo que más asustaba a los habitantes eran unos animales negros que aparecen de repente. Gallinas, cerdos, perros y gatos de un color tan oscuro como la noche se pasean por los caminos, pero nadie cree que sean criaturas comunes.

Muchos piensan que estos animales en realidad son demonios disfrazados o que están bajo la influencia de fuerzas malignas. Algunos hasta se atreven a decir que podrían ser manifestaciones del mismísimo diablo, que merodea en busca de almas. Las personas preferían no salir de sus casas cuando caía la noche, temiendo encontrarse con alguna de estas espeluznantes criaturas.

5. Evitar que el Diablo se lleve el alma

Se decía que, cuando alguien vendía su alma a las fuerzas oscuras, había ciertos rituales para evitar que el diablo reclamara esa alma tras la muerte. Estos rituales eran esenciales para proteger tanto al fallecido como a quienes lo rodeaban.

El rito principal consistía en que una persona con una fe profunda debía rezar sin descanso durante toda la noche, desde el momento en que el cuerpo era velado hasta que el gallo cantara al amanecer. Esta persona debía dar vueltas alrededor del ataúd, que además debía tener patas, mientras esparcía agua bendita y rezaba con devoción.

El diablo, astuto como siempre, no se quedaba quieto. Intentaba tentar a quien rezaba, mostrando visiones de cosas deseadas o creando ilusiones que pudieran asustarlo. La meta del diablo era lograr que la persona interrumpiera su rezo o saliera del círculo de protección.

Si la persona sucumbía a las tentaciones y detenía sus oraciones, el diablo vendría por el alma del difunto, pero no solo se llevaría esa; también arrastraría consigo el alma de quien había rezado, condenando ambas para siempre.

En Rauco, se cree que el ritual descrito se llevó a cabo en varias ocasiones.

6. La carreta perdida

Se cuenta que, en Rauco, durante la Semana Santa se guardaba un estricto silencio. No se permitían gritos, cantos ni bullicios, y especialmente el día viernes

santo, nadie trabajaba. Sin embargo, hubo una persona que decidió hacer lo contrario. A pesar de las advertencias sobre el respeto irrestricto que se debe mantener en el día que murió el señor, subió a su carreta y se dirigió a Curicó para continuar con sus deberes.



Ese día, algo terrible ocurrió. El señor, su carreta y los bueyes desaparecieron sin dejar rastro mientras cruzaba el río. La gente estaba muy sorprendida y preocupada.

Se dice que, si uno va al puente a las 15:00 horas, aún se pueden escuchar los gritos de auxilio que el señor profería antes de desaparecer. Estos gritos se convirtieron en una leyenda local, y el puente fue durante muchos años conocido por este misterioso suceso.

Organizaciones que participaron en los talleres de recuperación de memoria histórica:

- CAM Juan Pablo II
- CAM La Ilusión de Trapiche
- CAM Rayito de Sol de El Llano
- Vecinos de Palquibudi
- Vecinos de Rauco
- Red Cultural de Rauco
- EDIM

Este texto es el resultado de un proceso de investigación denominado “Recuperando la memoria histórica de Rauco” entre los meses de abril y julio del 2024, donde, a través de talleres participativos, indagamos en la memoria colectiva del Rauco de antaño. Valiéndonos del relato oral de sus protagonistas, pudimos reconstruir episodios del pasado y sus dinámicas, algunas desconocidas y otras que aún persisten de forma muy escondida, con el objeto de profundizar en la historia local.

Durante este tiempo hemos tenido el privilegio de conversar con diversas organizaciones comunitarias de Rauco, especialmente Clubes de Adultos Mayores. Con una generosidad y calidez excepcional, estas organizaciones nos han recibido con los brazos abiertos, compartiendo con nosotros sus más íntimos recuerdos, historias y vivencias personales sobre la comuna que han llamado hogar durante muchos años.